



## Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”



# IX – Jaque al rey de Roma

## 25 – Una farsa monumental

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)  
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos  
Fecha de Publicación: 2022  
Número de páginas: 10  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
**Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)**



### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

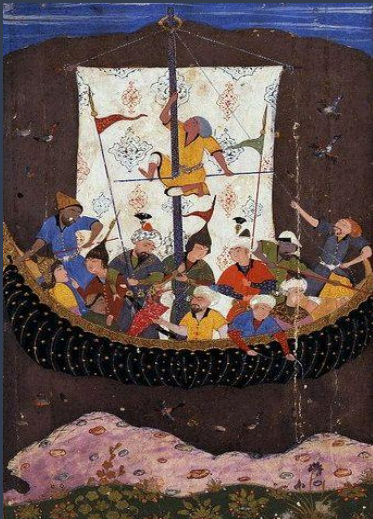


El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la Fundación **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## IX. 25 – Una farsa monumental

*“Mejleptor y Marín, el sobrino del rey Federico, acaban de llegar a Alejandría. Allí han echado el ancla en la rada, pero como se está poniendo el sol y ya es casi de noche, el anciano patriarca no ha querido que desembarcaran a esas horas, y le ha convencido a Marín de que debe hacerlo por la mañana y en presencia de los altos dignatarios de la ciudad, que seguro que vendrán a recibirle. Como cabe de esperar de nuestro Maestro de las Argucias, ahora patriarca Mejleptor, este retraso en el desembarco encierra una estrategia más, dentro de los planes que ha elaborado para el joven Marín, como embajador de su tío Federico. De nuevo Shîha se mueve como pez en el agua entre cristianos y musulmanes; a unos, cantándoles misas “sui generis”, a los otros, enredándoles en sus rocambolescas fantasías. Pero, siempre en movimiento y aprovechando la oscuridad de la noche, junto con alguno de sus viejos trucos, Shîha se pone en contacto con el capitán corsario El-Batarni, también anclado en el puerto, y en un abrir y cerrar de ojos, se desplaza desde el navío cristiano al palacio del gobernador de Alejandría, para exponerle su plan...”*



**A** lo largo del viaje, Yamâl El-Dîn Shîha había establecido una costumbre en el navío: cada noche, después de echar las anclas, descendía a la cabina principal, en donde el capitán con la marinería venían a reunirse con él. Entonces, encendía un incensario, y les cantaba misa y unos salmos; después, les predicaba una corta homilía, que todos escuchaban con compunción, saltándoseles las lágrimas en los pasajes más emotivos; de modo que se sentían muy atraídos por esta ceremonia.

– No olvides las buenas costumbres, *abbone* –le dijeron esa noche–; Ojalá que Nuestro Señor Jesucristo prolongue tus días y te colme de bendiciones...

– ¡Pues claro que sí! ¡Cómo iba a olvidarlas!

Después de haberlos reunido a todos en torno a él, encendió su incensario y se lanzó a una interminable salmodia, seguida de un sermón, tan largo y enrevesado, que los asistentes, no aguantando más, se caían literalmente de sueño. Aprovechando tan feliz circunstancia, el Maestro de las Argucias introdujo discretamente en su incensario un pequeño trozo del *benj* volátil, que les sumió de inmediato en el más absoluto sopor. Al quedarse solo, como dueño y señor del navío, Shîha subió a lo alto del puente, escribió unas líneas en un trozo de papel y lo enrolló en torno a una flecha, que a su vez empalmó a una bengala, y la lanzó en dirección a los navíos de El-Batarni. Un marino, que se fijó en aquel proyectil, lo recuperó, y fue rápidamente a llevárselo a su jefe. Al reconocer la marca de Shîha, éste se apresuró a leer el mensaje, que rezaba así:

*“De Yamâl El-Dîn a Abu Baker El-Batarni, corsario de los musulmanes.  
En cuanto recibas la presente, equipa una canoa o una chalupa y ven urgentemente a reunirme conmigo en el navío franco en el que me encuentre.”*

El corsario ordenó en el acto echar una canoa al agua, haciéndose él mismo con los remos; cuando estuvo cerca de la nave franca, divisó a Shîha, con el que intercambió el santo y seña:

– Que la oración y el saludo sean sobre el Profeta.  
– Que la oración y el saludo sean sobre aquel que intercede por nosotros. ¡Qué tal, Yamâl El-Dîn! Dime, muchacho, ¿qué hay de nuevo?

Shîha le puso al tanto de la situación rápidamente.

– Verás, Abu Baker, tienes que llevarme inmediatamente hasta el puerto...

– ¡Escucho y obedezco! ¡Vaya, no está nada mal esa jugada!

Poco después, los dos hombres echaban pie a tierra en el puerto y se dirigían a grandes pasos hasta la Puerta del Mar, que separaba el puerto de la ciudad, propiamente dicha; el alojamiento de Yemaa, el capitán del puerto<sup>1</sup>, se encontraba justo encima de la puerta. Shîha comenzó a llamar, golpeando con todas sus energías.

– ¿Quién llama a estas horas? –preguntó la grave voz de Yemaa.

– ¡Abre! –gritó Shîha.

– ¡Sigue tu camino, muchacho! No tengo autorización para abrirte.

– ¡Que abras, te digo! Soy un extranjero de paso, y necesito entrar en la ciudad. ¡Hazme ese favor, que Dios te lo recompensará!

– ¡No, muchacho! Por el Nombre supremo de Dios, ya te digo que no te voy a abrir.

<sup>1</sup> Este personaje –originario del Magreb, como todos los que aparecen en esta saga relacionados con el mar– ha aparecido esporádicamente en otros episodios: ver *La traición de los emires*.

Shîha continuó aporreando la puerta a más y mejor, lo que desencadenó la cólera de Yemaa:

– ¡Hijo de la gran puta! ¡Eh, tú, como no te largues de ahí, te juro que te machaco la cabeza!

Conviene saber que Yemaa había recibido la consigna de cerrar la puerta en cuanto se pusiera el sol, y no volverla a abrir hasta el amanecer; de modo que, aunque el mismísimo Yusuf Edagmûsh en persona, el gobernador de la ciudad, llegara con retraso al exterior de la puerta, no se le permitiría entrar. Tales eran las órdenes del sultán: solo podían pasar aquellos que conocieran la contraseña acordada; es decir; dos personas, el rey El-Zâher y Shîha Yamâl El-Dîn. Finalmente, Shîha, golpeó en la puerta conforme a la señal secreta.

– ¡Diantre! –exclamó Yemaa, que pensó que se las tendría que haber con el sultán en persona.

Rápidamente abrió la puerta, y reconoció a Shîha.

– ¡Bienvenido sea el *jawand* Yamâl El-Dîn! Perdóname, hijo mío: deberías haberme dado el santo y seña desde el primer momento, así habría evitado insultarte.

– ¡No tiene importancia, Yemaa: al menos contigo, uno sabe que la puerta está bien custodiada!

– ¿Y qué buenos vientos te traen por aquí, *jawand*?

– Tengo que ir a ver ahora mismo a Yusuf Edaghmush para un asunto urgente.

– ¡Pues venga, entra!

En cuanto Shîha pasó a la ciudad, se fue al palacio del gobernador, y cómo éste ya se había retirado a sus estancias privadas, llamó al gran eunuco, se dio a conocer, y le dijo:

– Ve a buscar a tu señor y dile que tengo que verle ahora mismo, a él solo, para un asunto de la mayor importancia.

Edaghmush se disculpó con sus invitados y se fue inmediatamente al encuentro de Yamâl El-Dîn para darle la bienvenida y llevarle hasta sus aposentos; después de invitarle a que se sentara y ofrecerle un refresco, se interesó por el motivo de su visita:

– ¡Tu llegada es una bendición para nosotros! ¿Qué buenos vientos te traen por aquí?

Shîha, inmediatamente le puso al corriente de su misión y de que había llegado con Marín, el sobrino del rey Federico, en calidad de embajador extraordinario.

– Así que he venido a pedirte, mi querido emir Yusuf, que mañana, desde que amanezca, ordenes a la población de Alejandría que adorne todos los lugares públicos, zocos, calles, caravasares; hasta los cafés: tienen que colgar armas por todas partes y de todas las puertas, incluso de las de las tiendas más modestas. Los habitantes de la ciudad se vestirán con sus mejores galas y también deberán ceñir sus armas. Mañana no trabajará nadie: tienen que venir todos en multitud a recibir al embajador. Tú también, acompañado

por los notables de la ciudad, vendrás a nuestro encuentro con todos tus soldados. Se trata de intimidar a Marín, y de inspirarle temor de los musulmanes y de su país.

– Estamos a tus órdenes, *jawand* –asintió Edaghmûsh– ¿Necesitas algo más?

– Gracias, eso es todo –respondió Shîha levantándose.

– ¿Por qué tanta prisa? –protestó cortesmente el gobernador– ¡Quédate un poco más!

– No puedo: he drogado a toda mi compañía con el *benj*, y no tardarán en despertar...

Entonces, le contó el subterfugio del que se había valido para escapar de sus compañeros.

– Pues bien, ¡que Dios te guarde! –le deseó Edaghmûsh.

Shîha se fue rápidamente en busca de Yemaa, que le abrió la puerta, y entró en el puerto. En cuanto el capitán Abu Baker El-Batarni le divisó, se puso a los remos y lo volvió a conducir hasta la nave de los francos.

– Corsario de los musulmanes –le dijo el Maestro de las Argucias al abandonar la chalupa–, mañana has de mostrarnos de lo que eres capaz: en cuanto brille la primera luz del día, habrás de izar el gran pabellón, y alinearás a tus navíos en doble fila, con los cañones apuntando hacia el mar; en el momento en que la nave penetre en el puerto, lanzarás una salva de honor. Sobre todo, no dejes de ejecutar punto por punto estas órdenes.

– ¡No te preocupes, capitán Yamâl El-Dîn! No merece la pena que me hagas todas esas recomendaciones, conozco bien mi oficio: ¡en mi familia, todos somos marinos, va de padre a hijo; lo llevamos en la sangre!

– Muy bien, en ese caso, perfecto.

Entonces, Shîha bajó a la cabina y volvió a su sitio. Como era un hombre profundamente versado en todas las ciencias, él conocía un tipo de incienso muy especial, que servía como antídoto del *benj*: era suficiente con quemar unos cuantos granos, para despertar a los cincuenta durmientes. El Maestro de las Argucias puso un pequeño trozo en su incensario, y comenzó a balancearlo, salmodiando a voz en grito.

– Que Dios bendiga tu aliento, *abbone* –dijeron los marinos al despertarse– ¡Qué bien cantas!

– A ver, *figlioni*, ¿no os habéis amodorrado un poquito?

– ¡De ningún modo, *abbone*! –protestaron– ¿Cómo podríamos dormirnos escuchándote? ¡Es que tu voz nos ha llevado al éxtasis, de tal manera, que hemos perdido el sentido de la realidad!

– De acuerdo, de acuerdo; ya es tiempo de irse a acostar: mañana descenderemos a Alejandría.

Todos se retiraron, dejando la cabina a Shîha y a Marín. Al día siguiente, cuando Dios trajo al día, Shîha ordenó al *capetan bashi* poner rumbo al puerto. Poco después,

admiraron los navíos musulmanes, alineados borda con borda, adornados como jóvenes novias, con sus mejores galas: pabellones de brocado, velas de seda, cañones embocados sobre las torrecillas y apuntando hacia el mar. Muy impresionado por ese espectáculo, Marín preguntó al pretendido Mejleptor:

– Se diría que el rey de los musulmanes ha sido avisado de los proyectos de mi tío, y que ha sacado toda su flota delante de Alejandría, con los cañones apuntando hacia el mar para rechazar cualquier invasión.

– ¡Qué dices, *figlione!* –exclamó el otro– Los barcos que ves ahí no son más que los guardacostas del puerto de Alejandría: están aquí permanentemente. Es una pequeña parte de la flota del *rey*; en realidad, Alejandría no es más que uno de sus puertos: ¡espera a que veas los otros!

– Cómo, *abbone*, entonces ¿tiene más navíos que estos?

– ¡Pues claro, hijo mío! ¡Estás ante un auténtico *rey*, no uno de esos reyezuelos de pacotilla!

### *El narrador prosiguió contando a su audiencia...*

Todo aquel montaje no era sino una monumental farsa; en realidad, Alejandría era el único puerto de guerra del que disponía el sultán, y todas sus naves eran las que estaban reunidas allí. Pero, la puesta en escena orquestada por Shîha, en combinación con El-Batarni había cumplido perfectamente con su objetivo: el de inspirar un saludable temor a Marín. Así que entraron en el puerto, recibidos por las salvas de honor, los navíos de El-Batarni avanzaron a su encuentro, y con una maniobra perfecta, les escoltaron hasta el fondeadero. Poco después, Shîha, Marín y los cuarenta patricios que les acompañaban, junto con los quinientos caballeros, embarcaron en unas chalupas que les condujeron a tierra. Entonces, Marín pudo descubrir Alejandría en todo su esplendor, con sus torres ricamente adornadas con los pabellones, y con las piezas de artillería en todo lo alto. Sus murallas estaban abarrotadas de una inmensa multitud de hombres armados.

– Qué curioso –comentó Marín–, se diría que los musulmanes se han olido nuestra llegada, y se han dado prisa en adornar la ciudad y armar sus murallas.

– ¡Te equivocas de medio a medio, *figlione!* –se echó a reír con ganas Shîha– Todas las ciudades del *rey* tienen este aspecto desde el primero hasta el último día del año. De hecho, hay ciudades mucho más grandes y bonitas que Alejandría, que sólo es un burgo de segunda clase.

Aún estupefacto ante esas palabras, el joven montó a caballo, imitado por sus compañeros, y cabalgaron hacia la ciudad. Cuando llegaron cerca de sus puertas, un cortejo formado por los dignatarios y prohombres salió para recibirles, seguido de una inmensa muchedumbre; para su gran extrañeza, Marín comprobó que todos iban armados

de pies a cabeza. Pero todavía fue peor cuando penetraron en la ciudad: ante cada taller y cada tienda había colgado un armamento completo, ¡incluso delante de las tiendas de los vendedores de verduras, de especias y perfumistas! Añadid a esto, que un enorme gentío se empujaba y apretujaba en cada zoco y en cada calle.

– Pero, *abbone*, ¿de dónde ha salido toda esta muchedumbre? –se extrañó Marín– ¿Y por qué han colgado armas delante de cada tienda?

– Es una costumbre de la gente de Alejandría: siempre ponen sus armas a la puerta para tenerlas a mano y estar preparados para repeler cualquier ataque. Pero ya ves, que solo son una pequeña tropa: espera a que visites las ciudades principales del reino, como Alepo, Damasco, Homs o Hama; eso, por no hablar de la capital, El Cairo. ¡A su lado, Alejandría, con su ejército y sus cañones, no representa gran cosa!

– ¡Gracias a Cristo que te ha conducido junto a mi tío para aconsejarte! –concluyó Marín, persignándose– ¡Por mi religión, si hubiera seguido adelante con su proyecto, habría recibido una derrota tan vergonzosa, que jamás habría podido restablecer su crédito ante los reyes francos! En fin, ¡bien está lo que bien acaba!

– ¿No irás a pensar que estaba intentando salvar a los musulmanes? –respondió Shîha– No; ¡simplemente es que yo conozco la extensión de su territorio y el número y la fuerza de sus ejércitos!

Charlando de este modo, llegaron a Dâr El-Tirâz, en donde se hallaba el palacio del gobernador. Yusuf Edagmûsh vino a recibirles y les ofreció café y refrescos; luego, se dirigió a Mejeptor.

– ¿Qué buenos vientos te traen por aquí, sheij de los monjes?

– *Signore*, yo acompaño al sobrino de Su Majestad el emperador Federico, que viene en calidad de embajador extraordinario, con un mensaje para Su Majestad, nuestro señor, el rey de los musulmanes. Estamos aquí con objeto de solicitar una autorización para ir a El Cairo.

– No veo ningún inconveniente. Aunque el reglamento exige que permanezcáis aquí unos días, en calidad de invitados, hasta que se lo comunique a nuestro señor el sultán. En cuanto sea informado, mandará a su vez a un embajador para recibirlos: ese es el procedimiento oficial.

– Muy bien –asintió Shîha.

Después de alojar a la embajada en el palacio de los invitados, Edagmûsh redactó un mensaje destinado al rey, y se lo confió a un correo, que partió en el acto hacia la capital.

En tanto, en El Cairo, el rey esperaba impaciente noticias de Shîha, que no había dado señales de vida desde su partida hacia Roma, con la usurpada identidad de Mejeptor.

Pero, un día, en que el rey presidía su Consejo, se abrió la puerta, y el *shauish* penetró en la sala, anunciando:

– Mi señor, acaba de presentarse un correo ante la sublime puerta, la puerta de la justicia y de la bondad, y solicita humildemente ser introducido ante tu presencia.

– Ojalá traiga buenas nuevas –respondió el sultán–. Que pase.

El mensajero entró en la sala, se inclinó ante el trono y entregó una carta al rey, que se la pasó a su vez al jefe de los escribas, el secretario del Consejo, ordenándole que la leyera públicamente. Decía así:

*“En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso.  
Del más fiel de tus amigos y el más humilde de tus servidores,  
de tu escudero y esclavo que guarda tu puerta,  
suplicando a Dios por tu prosperidad;  
de tu servidor Yusuf Edaghmûsh, gobernador de Alejandría,  
a Su Majestad, nuestro señor el sultán:*

*El motivo de escribirte la presente es, en primer lugar, la pena que nos causa estar lejos de tu venerable persona y del amor que profesamos a tu noble dinastía.  
Y, en segundo, para informarte, oh, Comendador de los creyentes –quiera Dios que jamás te lleguen malas noticias–, que ha llegado a esta ciudad recientemente un buen navío de gran arboladura. En un primer momento, creímos que se trataba de unos mercaderes, pero, ¡qué error! En realidad era una embajada procedente de Roma, formada por quinientos patricios, cuarenta caballeros y el sobrino de Federico en persona, Marín, acompañado de un monje llamado Mejeptor, que solicitan un salvoconducto para presentarse ante tu Majestad. De modo que hemos redactado este mensaje para elevar a tu más alto conocimiento estos hechos.*

*Saludos, al final, igual que al principio, y que la plegaria de Dios sea sobre el profeta elegido.”*

Tras conocer el contenido del mensaje, el rey ordenó que se entregase una gratificación al correo, y lo despidió; luego, hizo una seña con la mirada al emir Edamor, que se levantó inmediatamente y vino a inclinarse ante el trono. A otra señal del sultán, el *qafatan aghasi*<sup>1</sup> se acercó, y le puso un manto de honor sobre sus hombros.

– ¡Bendito sea! –proclamaron ritualmente los *shauish*– ¿Cuáles serán sus nuevas funciones?

<sup>1</sup> Oficial encargado de poner los caftanes de honor a los dignatarios recién promovidos por el soberano.



– Emir Edamor, vas a llevarte mil caballeros y a partir para Alejandría, desde donde escoltarás hasta aquí al embajador extraordinario, que acaba de llegar allí, de parte del *babb* Federico.

– ¡*Efendem*, oh, tú, mi benefactor! ¡Hasta con mi cabeza iría, si mis pies no me obedecieran! –respondió Edamor.

Edamor, volviendo al cuartel en el que estaban sus soldados acantonados, ordenó a sus hombres que se prepararan y vistieran sus uniformes de gala; a la mañana siguiente, se puso en marcha una tropa, con las banderas ondeando, y al son de los tambores y de los oboes tomó el camino de Alejandría. Poco antes de llegar a su destino, Edamor envió a un correro para avisar de su llegada. Inmediatamente, Yusuf Edaghmûsh reunió a sus soldados, convocó a los notables de la ciudad, al síndico de los descendientes del Profeta, al cadí y al muftí, y salió a su encuentro; porque, hemos de saber que el emir Edamor ocupaba un rango superior al suyo entre los siete visires, que constituían el grado más alto de la jerarquía del Estado. De modo que le recibió con todos los honores y entraron juntos en la ciudad, escoltados por sus guardias de corps que lanzaban fieras miradas y sacaban pecho con aire marcial. Cuando llegaron a Dâr El-Tirâz, Edamor fue a alojarse a las estancias reales, al tiempo que sus soldados montaban su campamento fuera de la ciudad. Edamor, después de disfrutar como es debido de la hospitalidad del gobernador, entró de lleno en el asunto.

– Veamos, emir Yusuf, ¿dónde está el embajador del *babb* Federico?

– Está esperando a que le des la venia, *efendem*.

– En ese caso, tráemelo.

Edaghmûsh se levantó enseguida y se fue a las dependencias de Marín.

– Por favor, sígueme –le dijo–. El enviado del sultán pregunta por tí.

El joven, acompañado por Mejleptor, se dirigió hacia la sala en la que se encontraba Edamor. El ver a un joven de tan bello aspecto produjo una excelente impresión al emir – que también era un joven hermoso– y el Creador suscitó en el corazón de ambos un afecto mutuo. Edamor le hizo un sitio para que se sentara a su lado, y le dio la bienvenida, mientras les servían unos refrescos.

– Y bien, Marín, ¿cuál es el motivo de tu visita? –le preguntó por fin el emir.

– *Efendem*, traigo un mensaje de mi tío Federico para el rey de los musulmanes.

– Muy bien, pues vayamos.

– Pero, ¿adónde? –se extrañó Marín.

– Su Majestad el sultán ya ha sido avisado de tu llegada y me ha enviado a buscarte.

– ¿Y tú quieres que partamos hoy mismo?

– ¡Por supuesto! No debemos perder ni una hora, pues los deseos del sultán y las órdenes de los reyes no pueden demorarse.

– De acuerdo, ¡en marcha! –asintió el joven Marín.

En un instante montaron en sus cabalgaduras, imitados por los soldados de Edamor y los cuarenta patricios que formaban la escolta de Marín; aunque los quinientos caballeros que habían venido de Roma con él, se quedaron en el campamento, a las afueras de Alejandría.

Cuando dejaron atrás las puertas de la ciudad, acompañados por Yusuf Edaghmûsh y los notables de Alejandría, se encontraron en una enorme y multitudinaria feria: los tenderetes y las barracas se alineaban en largas hileras, entre las que se amontonaba una muchedumbre de soldados con sus armas. Armaduras y armamento estaban colgados delante de cada una de las tiendas, que rebosaban de comida, fruta, y mercancías de todo tipo. Cuando por fin llegaron al otro lado del zoco, Yusuf Edaghmûsh, a instancias del emir Edamor, se despidió de la comitiva y regresó a Alejandría. Mientras tanto, Marín hacía partícipe de su extrañeza a Mejleptor:

– *Abbone* ¿qué es todo este mercado? ¿Por qué va toda esta gente armada?

– Hijo mío; son campesinos que vienen a vender los productos de sus campos a los soldados que acampan delante de la ciudad. ¡Como verás, la comarca es muy rica!

– Sí, pero ¿por qué van armados? ¡No me irás a decir que necesitan su espada y su armadura para comerciar!

– *Ay, figlione*, ¿es que te crees que estos son como los comerciantes vuestros? Aquí, en las tierras del *rey*, las cosas son así: ¡todos los hombres que aún tienen fuerzas; ya sean campesinos, tenderos o cualquier otra cosa, están obligados a llevar siempre sus armas consigo para rechazar en el acto cualquier invasión que pudiera surgir!

*[El manuscrito presenta aquí una laguna de unas cuantas páginas; en el próximo relato encontraremos a Marín ya en el palacio de Baïbars, en donde, siempre bajo la tutela de Shîha-Mejleptor, visita los despachos de la administración, admirándose de su eficacia y buen funcionamiento.]*



Próximo relato de “Jaque al rey de Roma”:

IX.26 – “El juicio a los siete reyes”